

*Secuencia arquitectónica (vista 2), 2004-2007*

# Tlayacapan, una tradición alfarera en Morelos

◆ Patricia Moctezuma Yano



Una de las tradiciones ocupacionales más distintivas del estado de Morelos es la alfarería de Tlayacapan. Su origen data de tiempos prehispánicos y en ella se trabajaban enseres de cocina y recipientes para almacenar agua, así como tinajas y lebrillos para el aseo de las personas que hoy en día se pueden apreciar en el museo del ex convento agustino de San Juan Bautista, uno de los atractivos turísticos del pueblo junto con las artesanías, los balnearios circunvecinos y la belleza del paisaje montañoso que atrae a los visitantes.

Tlayacapan se localiza al noreste del estado de Morelos y pertenece a la región conocida como los Altos.<sup>1</sup> Al igual que en otras tradiciones alfareras del país, los artesanos solían basar su subsistencia en la relación complementaria de la artesanía y la agricultura, aunque a partir de los años ochenta esto dejó de ser así por las crisis agrícolas y la acelerada privatización de las tierras de cultivo.

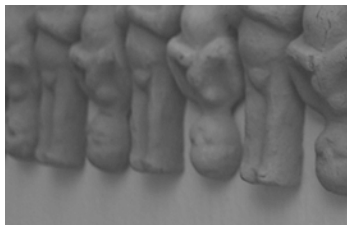
El pueblo está dividido en tres grandes barrios: los de Rosario y Santa Ana, que concentran a la población de agricultores dedicados a los cultivos comerciales, como las hortalizas —calabaza, tomate, jitomate— y el de Texcalpa, donde se localiza la mayoría de los artesanos y cuyo santo patrón —y, por lo tanto, el de su oficio— es Santiago Apóstol.

En Tlayacapan, como otras entidades del ámbito rural del país, se observan ciertos cambios en sus tradiciones ocupacionales y hay una tendencia muy marcada a la suplantación de las actividades agropecuarias y artesanales por el comercio y otras alternativas de trabajo.<sup>2</sup> Entre los artesanos sobresalen los empleos en el sector servicios: trabajos de empleada doméstica y en el cuidado de niños, ancianos y enfermos, para las mujeres, y de mozo, jardinero, velador, albañil y plomero, para los hombres, a los cuales se suman las opciones de obrero y jornalero. Se perfila de manera incipien-

<sup>1</sup> El municipio colinda al norte de Tlalnepantla, al suroeste con Yautepec, al este con Totolapan y Atlatlahucan y al oeste con Tepoztlán. Está situado a 1 636 metros sobre el nivel del mar, entre los paralelos 18° y 57' de latitud norte y 98° y 59' de longitud oeste del meridiano de Greenwich. La etimología de su nombre proviene del náhuatl *Tlalli*, que significa “tierra”, y de *Yaka-tl*, “nariz”, “punta”, “frontera” y “pan”; por lo tanto, quiere decir “sobre la punta o nariz de la tierra”. En tiempos prehispánicos hubo asentamientos humanos que se cree fueron olmecas. Posteriormente, hacia el siglo XV, este territorio fue conquistado por los xochimilcas y bajo el imperio azteca se les concedió a sus habitantes el no pagar tributo a condición de quedar como ejército de reserva y para la contención de posibles invasiones.

<sup>2</sup> Patricia Arias, *Del arraigo a la diáspora: dilemas de la familia rural*, UdeG-CUCSH/Porrúa, Guadalajara/México DF, 2008.

◆ Profesora e investigadora, Facultad de Humanidades, UAEM



te la búsqueda de ingresos con la migración hacia Estados Unidos, sobre todo entre varones, para desempeñarse en actividades relativas al campo y diversos servicios.

Estas opciones laborales tuvieron un avance significativo hacia finales de los años setenta, cuando se construyó la carretera que comunica a la entidad con el sur del Distrito Federal y con los pueblos aledaños de los Altos de Morelos, ya que esta vía agilizó la comercialización de enseres y la llegada de intermediarios. También facilitó que algunos jóvenes descendientes de familias de artesanos optaran por realizar estudios, abandonando así en algunos casos el tradicional oficio de la alfarería. De una u otra manera, ahora este oficio, como fuente de ingresos y alternativa ocupacional, tiene distintas apreciaciones intergeneracionales.

Dos procesos sobresalen en la reestructuración de esta tradición alfarera morelense: la elaboración de figuras decorativas y su comercialización. Por costumbre, los objetos que se trabajaban en el pueblo eran los enseres de cocina; pero a finales de los años noventa se introdujo la producción de figuras de ornato y en la actualidad estas piezas acaparan a tal grado la atención de los turistas, que incluso hay personas que desconocen la existencia de la loza tradicional.

### **Comercialización**

En cuanto a la comercialización, se observan cada vez más formas de intermediación y venta por mayoreo y menudeo. En la actualidad existe una amplia variedad de proveedores de objetos cerámicos en el pueblo que lo sitúan como potencial centro de acopio y distribución de artículos procedentes de distintas tradiciones alfareras, como las de Jalisco, Puebla, Estado de México y Michoacán, entre otras.

El desarrollo productivo y comercial que se registra hoy en día en esta entidad artesana se desenvuelve en una serie de condiciones socio-culturales importantes de resaltar. La alfarería es un saber masculino y se hereda de padres a hijos, como cualquier otro bien. La forma tradicional de organizar el trabajo es mediante el taller familiar, donde el padre funge como jefe y sus hijos varones adolescentes como aprendices, esto es, sin percibir remuneración alguna, pues se considera como una obligación de los hijos el ayudar al padre en el quehacer artesanal. De esa forma, la identidad masculina se asocia con el aprendizaje del oficio.<sup>3</sup> Las mujeres en casa, esposa e hijas, ayudan en tareas relacionadas con la producción, como lijar y raspar las piezas; pero sobre todo se encargan de los quehaceres propios de la casa, si bien algunas

---

<sup>3</sup> Los artesanos han buscado organizarse de maneras diferentes; por ejemplo, algunos conformaron una cooperativa con el apoyo de diversos fondos, como el Fondo Nacional de Apoyo a las Empresas de Solidaridad (Fonaes) y el Fondo Nacional para el Fomento de las Artesanías (Fonart), pero el proyecto no perduró por conflictos entre los socios. A diferencia del taller familiar, en la cooperativa se utilizaba mano de obra asalariada y no estrictamente familiar; además, una parte del proceso productivo había sido mecanizada con la incorporación de ciertos implementos de trabajo.

han incursionado en la venta de objetos cerámicos para obtener ingresos complementarios.

Tanto los enseres de cocina como las figuras de barro son hechas con moldes y en su producción se utilizan herramientas muy sencillas, algunas hechas con desperdicios de utensilios domésticos. El barro se cuece en un horno mediterráneo de una o dos bocas y se usa leña como combustible.<sup>4</sup>

#### **Cerámica de uso y decorativa**

En el pueblo se trabaja una gran variedad de artículos cerámicos hechos de barro que se pueden clasificar en tres grupos, de acuerdo con sus características técnicas y comerciales: enseres de cocina tradicionales; figuras de ornato hechas de barro, y alfarería ritual, que a su vez tiene dos subgrupos: figuras policromas y esmaltadas en negro.

Los enseres de gran tamaño para uso cotidiano caracterizan a Tlayacapan como entidad alfarera. En la elaboración de estas piezas intervienen exclusivamente los hombres, pues el peso de los moldes requiere del empleo de fuerza física. El consumo de estos utensilios de cocina en el mercado se da dentro de un circuito comercial regional, entre personas de hábitos culinarios similares a los de los tlayacapenses. Algunos artesanos trabajan bajo pedido, y dado el tamaño de las piezas y el tiempo que se requiere para hacerlas, predomina la venta al menudeo y medio mayoreo. El proceso

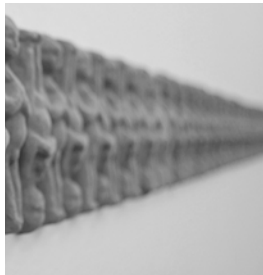
de producción es técnicamente complejo, pues se requiere de cierto aprendizaje, dominio técnico, un espacio amplio de trabajo y cierta solvencia económica para comprar las materias primas requeridas.

En contraparte, las figuras decorativas también se hacen con moldes y sus diseños son formas zoológicas (lagartijas, mariposas, ranas); fitomorfas (manzanas, peras, girasoles, alcatraces y nochebuenas) y objetos diversos (canastas, portarretratos, marcos, bases y pantallas para lámparas, entre otros). Su producción requiere un mínimo aprendizaje y poca inversión, por lo que muchos artesanos han abandonado la producción de enseres de gran tamaño y han comenzado a hacer figuras. Su venta abarca un circuito comercial regional, estatal e incluso internacional, ya que muchas de ellas se venden en tiendas de artesanías como *souvenirs* para el turismo, incluso extranjero. Los artesanos procuran venderlas por mayoreo a través de distintos acaparadores, pero la venta por menudeo en el tianguis semanal es un importante complemento para el ingreso familiar.

#### **Cerámica ritual**

En tercer lugar está la producción de cerámica ritual, la menos representativa, por no decir que es una especie en peligro de extinción, y que curiosamente recae en manos de mujeres, quienes

<sup>4</sup> Los moldes de las piezas grandes están hechos de barro y hay artesanos especializados en su diseño y venta. El horno tiene una forma circular y sus paredes están hechas de ladrillo. En su centro hay un arco que sostiene la parte superior del horno, la cual se cubre con tepalcates para evitar que escape el fuego durante la cocción. El horno alcanza una temperatura aproximada de 800°C, por lo que se trata de cerámica de baja temperatura.



además viven en el barrio de Santa Ana. De acuerdo con información recabada, hasta hace unas tres décadas varios artesanos —hombres y mujeres— de este barrio se dedicaban a la elaboración de figuras policromas.

Estas figuras policromas, una vez cocidas, son bañadas en una mezcla hecha con yeso para darles un fondo blanco y así, sobre el mismo, decorar las piezas en vistosos colores que son salpicados con brillantina para resaltarlos. Entre los diseños sobresalen los candelabros con figuras de ángel y de arcángel en distintos estilos. En fechas recientes algunos artesanos se las han ingeniado haciendo figuras para los nacimientos de las fiestas decembrinas.

Pero lo distintivo de este género cerámico ritual son las figuras que conforman un conjunto escultórico utilizado para curar enfermedades espirituales como el “mal de aire”, práctica que resguarda elementos de la cosmogonía animista nahua. Este conjunto está conformado por dos figuras humanas: la del curandero y la del enfermo postrado en cama. El resto del conjunto lo integran piezas zoomorfas: un toro y un caballo que aluden a los usos humanos de estos animales de tiro y de carga, respectivamente, y los otros animales —el alacrán, el sapo, la araña y las serpientes— revisten características de seres telúricos que conectan al ser humano con el cosmos. En la cosmogonía nahua se creía que el hombre debía pedir permiso para hacer uso de

algún recurso natural y no debía abusar de ellos, pues de lo contrario caería enfermo. A este padecimiento se le conoce como “mal de aire”.<sup>5</sup>

Por último, dentro de la cerámica ritual está la loza esmaltada en negro, que se produce para decorar los altares de los fieles difuntos en noviembre. Se trata de enseres pequeños y medianos, ollas, jarros y cazuelas, además de candelabros y sahumadores que las mujeres realizan y los hombres esmaltan y queman. Esta cerámica negra es una reminiscencia de la figura laboral que tuvo la mujer en la alfarería hasta finales de los años setenta, cuando la introducción del peltre y el plástico desplazó significativamente los enseres de barro que las mujeres fabricaban para autoproverse y para vender. En esa época, cuando la mujer trabajaba con loza, la división sexual del trabajo marcaba la especialización de los hombres en los enseres grandes y de las mujeres en los pequeños y medianos.

### **Continuidad y cambio**

El desplazamiento de las mujeres del escenario laboral de la loza y la supremacía de los varones en este oficio nos hablan de sustanciales cambios en la división sexual del trabajo. También la presencia de un nuevo género cerámico da cuenta de modificaciones técnicas y organizativas en este quehacer artesanal, las cuales se suman a las nuevas formas de comercializar estos productos.

---

<sup>5</sup> Alma Barbosa Sánchez, *Cerámica de Tlayacapan, estética e identidad cultural*, UAEM (Ediciones Mínimas, Artes 2), Cuernavaca, 2005, pp. 65 y ss; Teresa Rojas, “La cerámica contemporánea de Tlayacapan, Morelos”, en *Anales de antropología*, vol. X, México DF, 1973, pp. 242-264.

La presencia de las figuras de ornato y los intermediarios han favorecido la comercialización de objetos cerámicos como opción laboral para generar ingresos. Incluso, entre las familias de artesanos, algunos jóvenes han abandonado la producción para dedicarse a la venta, y esta opción ha sido tan exitosa que personas ajenas a Tlayacapan están incursionando en el comercio de estos y otros géneros artesanales, como muebles, artesanías de herrería, mantas bordadas, velas, cerámica de alta temperatura, cestería y dulces típicos. De una u otra manera, Tlayacapan se perfila como un centro de redistribución de objetos cerámicos y artesanías procedentes de otros lugares del estado de Morelos y de otros estados del país. Destaca también la promoción turística que se le ha hecho al sitio en la última década por los ya mencionados atractivos, entre ellos justamente la alfarería.

Llama la atención que los enseres tradicionales y la cerámica ritual, cuya continuidad se vislumbra cada vez más tenue frente a la omnipresencia de las figuras decorativas, sean los objetos más repre-

sentativos del lugar en cuanto a promoción turística. La continuidad de este oficio depende en cierta medida de la manera en que éste se transmite de padres a hijos. Dicho quehacer, como cualquier otro bien tangible o intangible, se hereda por medio del linaje masculino, el patrilineaje, una manera de trazar la descendencia que marca los derechos de sucesión y herencia. Sin embargo, en el nuevo contexto productivo y comercial de la alfarería tlayacapense, los jóvenes están prefiriendo elaborar figuras de barro en lugar de enseres de cocina de gran tamaño, por tratarse de un proceso productivo más fácil de aprender y menos costoso.

Queda por verse si a futuro estas aparentes ventajas productivas superan el apego cultural de los artesanos a sus conocimientos técnicos de la elaboración de enseres. También habrá que tomar en cuenta el peso de la vida comunitaria, que siempre demanda celebraciones con muchos comensales, así como la valoración de cierta tradición culinaria que prefiere objetos de barro como los de esta legendaria loza morelense.